

EL MAGISTERIO DE RAFAEL LAPESA

A los dos años de su jubilación en la cátedra ha aparecido una nueva edición, muy ampliada, de la *Historia de la lengua española*, de Rafael Lapesa¹. Es ésta ocasión más que oportuna para hacer unas reflexiones sobre lo que ha representado su magisterio en la Universidad española. Su talante moral e intelectual responde a un arquetipo humano que, por infrecuente, anhelamos hallar en la vida universitaria: el del maestro que a su condición de intelectual une la ejemplaridad ética. Ya en una ocasión Dámaso Alonso distinguió entre aquellos que se dedican de modo absorbente a su propia obra y aquellos otros que se insertan en la vida que les rodea, haciendo partícipes a los demás, con generosidad impagable, de su trabajo y de su propia vida. Rafael Lapesa pertenece a estos últimos porque ha ejercido su vocación de maestro día a día, en entrañable diálogo con sus discípulos, haciéndoles participar de su idea de que el conocimiento científico es un modo, el más profundo de todos los modos, para penetrar en la realidad humana. La azarosa vida española del último medio siglo no ha sido, desgraciadamente, pródiga en el ejemplo; no han faltado, ni faltan, quienes subordinan su oficio de universitarios a ambiciones personales, quizá legítimas, pero siempre infecundas cuando se hacen exclusivas y excluyentes. Rafael Lapesa, como científico, como maestro, como amigo, es, ante todo, un modelo de humanidad. Así lo fue enseñando a leer a soldados analfabetos durante el servicio militar; así lo fue como catedrático de Instituto; así lo ha sido durante años inolvidables para cuantos hemos tenido la fortuna de asistir a sus clases en la Universidad madrileña.

La actitud intelectual y moral de Lapesa tiene que ver mucho, sin duda, con las raíces en que fue creciendo su vocación de filólogo, junto a Menéndez Pidal y sus colaboradores. Ciertamente es que algunos de éstos hubieron de ejercer su magisterio fuera de España; sin embargo, la convivencia del joven Lapesa con ellos, su comunicación permanente tras la contienda, su fidelidad a lo aprendido con sus maestros, confor-

¹ RAFAEL LAPESA: *Historia de la lengua española*, 8.ª edición refundida y muy ampliada, Gredos, Madrid, 1980.

maron su actitud ante el quehacer intelectual. El le añadiría a cuanto recibió un talante propio y original. A veces se olvida que si no tan dramático como fue el destino personal de los emigrados, nada fácil resultó tampoco la situación para los que permanecieron en España. Lapesa ha recordado en alguna ocasión cuál era su estado de ánimo al quedar solo al cuidado del Centro de Estudios Históricos. Ahora vuelve a hacerlo en el prólogo a su nueva edición de la *Historia de la lengua española*, con una frase que me parece extraordinariamente reveladora: «... en medio de la contienda fratricida se me brindaba la ocasión de hacer algo por la España de todos». Ese «algo» constituyó la primera redacción de la obra. Esta actitud comprensiva, superadora de ciegos enfrentamientos, fue constante y no le habría de ser perdonada por los intransigentes de esa media España siempre deseosa de «helarle el corazón» a la otra media.

Pedro Laín ha recordado no hace mucho que Rafael Lapesa fue uno de los pocos que consiguió salvar el filtro ideológico puesto en el acceso a las cátedras universitarias. Después, la incompreensión, cuando no la hostilidad declarada, fue con frecuencia barrera alzada en su camino. No fue fácil para él conservar el optimismo, la fe en el trabajo personal, la esperanza en su proyección cultural, que transmitía a todos los estudiantes. Recuerdo un hecho—grotesco visto desde hoy, preocupante entonces—acaecido en 1972. La Sociedad de Estudios y Publicaciones había invitado a Lapesa para que pronunciara una conferencia sobre «El sistema de los determinativos en español». El acto fue suspendido, a punto de comenzar, por cierta autoridad gubernativa. Seguramente al censor le parecieron armas peligrosas ciertas categorías gramaticales, como el artículo, los demostrativos, los indefinidos, etc. Nunca la gramática alcanzó tanta importancia. Lo cierto es que tras múltiples gestiones realizadas por don Emilio Gómez Orbaneja—entre el bochorno y la vergüenza de los que allí esperábamos—, la conferencia fue autorizada con la presencia de un representante de la autoridad. Había que vigilar por sí, efectivamente; entre un *este* y un *aquel* aparecía algún fantasma subversivo. La lección del profesor Lapesa nunca fue más bellamente rigurosa.

Este incidente no nos cogió de sorpresa a algunos. Dos años antes había venido a Cuenca, invitado por la Casa de la Cultura y por el Instituto de Enseñanza Media. En el mismo ciclo intervenía Julián Marías. Cuando al año siguiente intentamos organizar un nuevo curso de conferencias alguna autoridad comentó que «a personas de ese talante no había que ofrecerles oportunidad de hablar». Y esto ocurría al final de los años sesenta. En el fondo, los censores tenían razón; el reencuentro con la España de todos sólo sería posible alcanzarlo desde

la tradición intelectual y cultural que se planteaba el ser de los españoles con criterios de racionalidad.

Por suerte para todos, Rafael Lapesa no se rindió nunca ante mezquinas asechanzas ni ante vetos ideológicos. Durante largos años su cátedra universitaria y el Seminario «Menéndez Pidal» fueron refugio seguro de estudiosos. Ante ellos, Lapesa dio constantes pruebas de honestidad intelectual y de calor humano. Recuerdo cuánto sorprendía a sus alumnos la preocupación del maestro por el dato exacto que le llevaba a matizar o rectificar afirmaciones precedentes. Así, le oíamos corregirse a sí mismo respecto de los datos aducidos sobre el seseo en *La verdadera historia de la conquista de Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. Por el contrario, se ratificaba en sus ideas con singular firmeza cuando estimaba llevar razón. Dos testimonios nos muestran que ésta ha sido una cualidad permanente de su condición de maestro. El primero se refiere a su tesis sobre los factores que influyeron en la suerte de la *e* final y, en concreto, al papel que desempeñó la influencia cultural francesa en la difusión de la apócope primero, en la reposición de la vocal después², frente al punto de vista de Diego Catalán, que sólo relaciona el fenómeno con exigencias de la estructura silábica en el momento de reajuste subsiguiente a la época de orígenes³. El otro ejemplo es de ahora mismo. En su último curso de doctorado impartido en la Universidad Complutense ha aportado numerosos testimonios lingüísticos e históricos, que muestran el apresuramiento con que algunos han querido invalidar ciertas ideas pidalianas sobre el Poema del Cid y la épica española⁴. Y todo ello admitiendo la necesidad de revisar las ideas aceptadas sobre éste u otros temas, siempre que no responda a motivaciones definidas por la frivolidad o el resentimiento. Por eso siempre ha buscado la armonía entre las novedades metodológicas y la coherencia doctrinal.

Todos estos recuerdos y reflexiones vienen suscitados por la lectura de su nueva—pronto se anunciará la novísima—edición de la *Historia de la lengua española*. Redescubrir con nuevos datos, con rectificaciones importantes o de detalle, con ampliaciones inesperadas, la historia de nuestra lengua es una tarea apasionante. Este libro no es una obra aislada en su producción; por eso debemos empezar preguntándonos por su significado como manifestación del magisterio universitario de

² Véanse RAFAEL LAPESA: «La apócope de la vocal en castellano antiguo. Intento de explicación histórica», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, II, 1951, 185-226, y «De nuevo sobre la apócope vocálica en castellano medieval», N. R. F. H., XXIV, 1975, 13-23.

³ Véase DIEGO CATALÁN: «En torno a la estructura silábica del español de ayer y del español de hoy», *Sprache und Geschichte. Festschrift Harri Meier*, München, 1971, 77-110.

⁴ El último trabajo del profesor Lapesa que conozco trata precisamente este tema. Véase su «Sobre el *Cantar de Mio Cid*. Crítica de críticas. Cuestiones lingüísticas», en *Etudes de Philologie Romane et d'Histoire Littéraire offerts à Jules Horrent à l'occasion de son soixantième anniversaire*, Liège, 1980, 213-231.